

## CAPITULO XIV.

(1811.) I. Vuélvese á tomar Figueras. — II. Orden al mariscal Suchet de marchar contra Valencia. — III. Sus preparativos para dicha expedicion. — IV. Pónese en marcha el ejército. — V. Llega á la vista de Sagunto. — VI. Embestidura. — VII. Descripción del fuerte. — VIII. Escalada sin suceso. — IX. Combates de Segorbé y de Benaguazil. — X. Sitio y toma de Oropesa. — XI. Trabajos del sitio de Sagunto. — XII. Asalto rechazado. — XIII. Continúanse los trabajos del sitio. — XIV. Blake viene marchando al socorro de la plaza. — XV. El mariscal acepta la batalla. — XVI. Batalla de Sagunto. — XVII. El fuerte capitula.

I. Con la toma de Tarragona hubieron de cambiar de aspecto nuestros negocios en el Est de la Península de una manera bien sensible, y aun ella debia de dar bien pronto una nueva actitud y una direccion nueva al ejército de Aragón. Entretanto Figueras se resistia aun, y el resultado del bloqueo de esta plaza era sobrado importante, para poder pensar en otra cosa que en asegurar su logro. El mariscal Suchet habia ya cooperado á dicha empresa ocupando á Mont-Serrat, y con el propio objeto dejaba aun una gran parte de sus fuerzas en la baja Cataluña, y la brigada italiana del general Pa-

lombini llegó hasta las puertas mismas de Barcelona, conforme á las órdenes que le hubiera dado el mariscal, segun lo llevamos dicho en el capítulo precedente.

En las cercanías de aquella Capital hizo alto solo, el 3o de agosto, y desde allí retrogradó, al saber la toma de Figueras por el mariscal duque de Tarento. Martinez, con su guarnicion, habia intentado hacer una salida, el 16 de agosto, al abrigo de un ataque que hizo Rovira, por la parte de Llers; pero el general Baraguey d'Hilliers arrolló á este, contuvo tambien al gobernador y le forzó á encerrarse de nuevo en la plaza. Martinez, pues, se vió forzado á rendirse á discrecion, el 19 de agosto, hecho prisionero de guerra con sus tropas y enviado á Francia.

Entretanto el emperador contaba con impaciencia los minutos en Paris, y apenas casi esperaba la noticia de la reconquista de Figueras, para mandar ya la conquista de Valencia. El 25 de agosto, el mayor general dirigió al mariscal Suchet una orden, cuya conclusion era como sigue:

II. « Todo indica y nos hace pensar, señor Mariscal, que Valencia debe estar atarecida de espanto, y que despues de haber tomado Murviedro y ganado una batalla, no tardará en abrir sus puertas. Si vos sois de otro parecer, señor Mariscal, y si vos pensais que de-

« beis aun esperar vuestro tren de batir para  
 « formalizar el sitio de la plaza, ó esperar no  
 « menos una estacion mejor para principiar  
 « dicha operacion, yo debo deciros sin em-  
 « bargo, que en todo caso las órdenes ter-  
 « minantes del emperador son, que vuestro  
 « cuartel general esté ya situado, hácia el 15 de  
 « setiembre, en territorio de Valencia, y lo mas  
 « cerca que os sea posible de dicha capital. »

Las instrucciones que acompañaban dicha orden parecian suponer, que algunas manio- bras, hechas á lo lejos, por los ejércitos fran- ceses del centro y del mediodia, bastarian para desalentar á los Valencianos, y que el ejército de Aragon, con solo un cierto grado de auda- cia y de celeridad, podria llegar á entrar en po- sesion de una de las mas hermosas provincias de España. Pero el mariscal no podia haber echado en olvido tan presto lo que le hubiera acontecido el año anterior precisamente, y su marcha contra Valencia, criticada en aquella época en Paris, cuando se le mandaba y orde- naba desde Madrid, habia tenido un resultado que debia ser aun para él la mejor leccion. El mariscal conocia las localidades y los habitantes, que exaltados hasta el mas extraordinario punto desde el principio de su revolucion, habian dado principio á esta \* por el deguello de ciento y

\* No es cierto que la revolucion de los Valencianos comen-

ochenta naturales Franceses. Por dos veces, en 1808 y en 1810, habian visto encallarse con- tra los muros de su capital el mismo tercer cuerpo de ejército frances, y desde entonces habian tenido harto tiempo de preparar pode- rosos medios de defensa. El ejército valenciano, cuyo mando acababa de pasar de manos del marques del Palacio á las de D. Carlos O-Donell, se veía apoyado por el de Murcia, á las órdenes del general Freyre. El capitán general Blake acababa de llegar, y traía consigo desde Cadiz el cuerpo llamado expedicionario, compuesto de dos divisiones de infantería, mandadas por

zase por el deguello de estos pobres Franceses. Este infame aten- tado, tan contra el derecho de gentes y tan ageno de la hon- radez y sensatez españolas, se cometió muchos dias despues, y los primeros patriotas del pais hubieron de exponer mil veces su vida, aunque en vano, por impedirle. El instigador y autor principal de estos crímenes fue un canónigo de San Isidro de Madrid, llamado don Baltasar Calvo, que los expió poco despues en un cadalso, en la plaza de Santo Domingo. El traductor añadirá aun que los patriotas se dieron tan buena maña, que ni uno solo de los asesinos pudo escapar al justo rigor de la ley, y que aun se los fue á buscar á la division valenciana, apostada ya en Navarra, para conducirlos á Valencia al suplicio. El que esto escribe y sus compañeros tuvieron aun la dicha de salvar la vida á un gran número de Franceses, y los diamantes y alhajas de muchos de los ya asesinados. La sangre, pues, de aquellos in- felices no puede autorizar reproche alguno contra la generalidad de los Valencianos, y aun en último resultado podria decirse con mas justicia, que ella acusa solo al hombre que con tanta perfidia se propuso atacar y hollar una nacion generosa, que no le hubiera dado para ello motivo alguno.

(Nota del traductor.)

los generales Zayas y Lardizabal. El gobierno supremo ejecutivo de España se encontraba á la sazón concentrado en tres Regentes, y Blake era uno de ellos: y es claro, que al enviar uno de sus miembros, el Consejo supremo de Regencia anunciaba sobrado los esfuerzos que se proponia hacer en favor de Valencia. Blake, pues, revestido de una especie de dictadura, reunió bajo su mando, con el título de generalísimo, los ejércitos españoles 2º y 3º y todas las demas fuerzas del est de la Península; activaba tambien los inmensos trabajos con los que los Valencianos se proponian defender su capital; hacia llegar por mar víveres, armas, dinero y toda especie de socorros, y aprovechándose de las disposiciones de los habitantes, los excitaba vivamente á resistirse contra los Franceses. Todos los hombres hábiles, desde la edad de quince hasta cincuenta años, habian sido llamados por él al servicio de la milicia, y la población entera del reino habia recibido la orden de tomar las armas, ó de retirarse cuando nosotros nos acercásemos.

El mariscal Suchet, convencido de que tendria necesidad, tanto de una artillería numerosa, como de una reunion de fuerzas imponentes, informó al gobierno de las dificultades que presentaba el ataque de Valencia, y del peligro que preveía si se le emprendiese sin haber reunido

todos los medios necesarios para un buen logro. El ejército de Aragon se componia á la sazón de cerca treinta y seis mil hombres; las divisiones Musnier, Frére y la de los Italianos ocupaban en la actualidad la baja Cataluña, y eran como la mitad de la fuerza total; en las guarniciones de Mequinenza, de Alcañiz, de Jaca y de Zaragoza, como tambien de los demas puntos fortificados del Aragon, habia empleados de siete á ocho mil hombres. El resto de fuerzas disponibles, que ascenderia de diez á doce mil hombres, estaban repartidos y apostados sobre las fronteras de Navarra, de Castilla y de Valencia, para cubrir el Aragon contra todo ataque exterior, mientras esperábamos la reconquista de Figueras. Pero desde que esta plaza hubo de caer en nuestro poder, el ejército de Cataluña, mas libre ya en sus movimientos, pudo á su vez facilitar los del ejército de Aragon, aproximándose á Barcelona. De un otro lado se estaba formando un ejército de reserva en Navarra, á las órdenes del general Reille. Estos dos ejércitos vecinos le hacian entrever, sí, al mariscal Suchet una fundada esperanza de un verdadero socorro; pero no le inspiraba la misma confianza la cooperacion de los ejércitos del centro y del mediodia, los cuales, segun se le tenia prometido, debian hacer alguna tentativa hácia Cuenca y hácia

Murcia. Sabia por experiencia lo que valen y á que vienen á reducirse estas cooperaciones lejanas de unos ejércitos independientes, sin comunicacion directa entre sí, y que maniobran sobre líneas de operacion tan diferentes ú opuestas entre sí. No debia, pues, contar eficazmente mas que con las tropas que realmente tenia á su disposicion, y estas apenas eran suficientes para llevar á cabo una mitad de la grave mision que se le habia confiado.

El mayor general pensaba que Valencia abriría sus puertas, una vez conquistado Murviedro, y despues de haber ganado una batalla; pero este preliminar indispensable era ya en sí una operacion mayor, tan complicada como difícil. Pegada á Murviedro, que es una villa abierta, íbamos á encontrar la montaña de Sagunto, convertida en una verdadera fortaleza, y que exigia un sitio segun todas las reglas. Para tratar, pues, de sitiarla en presencia de un ejército de socorro imponente, no bastaba solo el contar con el valor de nuestros soldados; era preciso ademas calcular su número, y hacer de manera que la desproporcion de nuestras fuerzas fuese algo menor, con respecto á las del enemigo. El mariscal Suchet, empleando todos sus esfuerzos, solo pudo obtener este resultado en parte.

III. Solicitó, pues, que una division de cinco

mil hombres del cuerpo de reserva, que debia hallarse en Navarra pronta y preparada á apoyar su movimiento, entrase sin demóra en Aragon. La confianza que le inspiraba el carácter del general Reille, le tranquilizaba por lo tocante á la tranquilidad de esta provincia, en el momento en que iba á alejarse de ella. De las tres divisiones que el mariscal tenia en la baja Cataluña, se vió forzado á dejar una, que debia de ocupar Lérida, Mont-Serrat y Tarragona, y cubrir ademas la navegacion del Ebro: esta mision se confió á la division Frére. El mariscal Suchet se separó de ella con sentimiento; pero le pareció muy puesto en razon el devolver al ejército del mariscal Macdonald la division francesa que habia sido separada anteriormente de él. Los Italianos se habian grangeado la estima del mariscal Suchet en el sitio de Tarragona, y fué para él de un gran placer el poderlos asociar todavía á los trabajos y gloria del ejército de Aragon; esta division, de que habia tomado el mando el general Palombini, recibió la órden de marchar hácia Caspe y Alcañiz. El general Harispe se adelantaba tambien hácia Teruel, mientras que la division Musnier se acercaba hácia el Ebro. La plaza de Tortosa debia ser nuestro principal almacen de víveres, que debian de bajar de Mequinenza, por medio de catorce grandes barcas en permanencia sobre el bajo Ebro, y con cuyo

auxilio le teniamos siempre al completo : la direccion de dichas barcas estaba confiada á un oficial de estado mayor , tan activo como inteligente , el gefe de batallon Bardout. Un otro almacén se formó tambien en Morella : á partir de dichos dos puntos , los trigos y harinas debian ser conducidos en pos del ejército por nuestros medios ordinarios de transporte. La carne se distribuyó á la tropa por dos meses , conduciendo en la marcha , cada regimiento de por sí , el ganado destinado á su subsistencia. Adoptóse ya definitivamente este método para en lo sucesivo , porque la experiencia nos demostró que era en extremo ventajoso , tanto por la facilidad del servicio , como para la conveniencia y bien estar del soldado. El tren de batir acabó de formarse en Tortosa , y en este mismo punto reunimos todo el personal y material de ambas armas , ingenieros y artillería. Los diversos puntos de nuestra línea de operaciones iban multiplicándose , á medida que nos ibamos adelantando ; la base de dicha línea era la provincia de Aragon , cuyo mando se confió al general Musnier , como el de todas las tropas que no debian de tomar parte en la expedicion. Asi es , que despues de haber dejado seis á siete mil hombres , para la seguridad del Aragon , y otros tantos para la de la baja Cataluña , no le quedaban disponibles al mariscal , para una

campana activa , arriba de veinte á veinte y dos mil hombres , como se echa de ver en el estado adjunto de situacion , en 15 de setiembre \*.

Y como las órdenes del emperador fuesen tan formales y terminantes , el mariscal no esperó á que todos sus preparativos estuviesen concluidos ni prontos , ni la llegada de los nuevos refuerzos , para haberse de poner en movimiento. Resolvió , pues , el penetrar en el reino de Valencia , con sus veinte mil hombres , y el adelantarse , no ya hasta la Capital , y sí solo hasta Sagunto , cuatro leguas mas acá , punto ademas de encrucijada en que vienen á parar y reunirse los dos caminos principales de Tortosa y de Teruel.

Estas eran , al salir del Aragon , las dos únicas comunicaciones ó caminos carreteros que se nos presentaban , y por consiguiente , los solos propios á la línea de operaciones del ejército que nos proponiamos establecer. Independientes , y harto separados el uno del otro , venian á terminar ambos precisamente á un mismo obstáculo. El de Teruel , por Segorbe , era el mas corto ; pero no estaba apoyado por plaza alguna de guerra , y se alejaba sobrado , ademas , de nuestros depósitos de víveres establecidos en el bajo Ebro , y del tren de batir organizado en Tortosa. El camino desde esta plaza á Valencia , á orillas del mar , era como indispensable y de toda ne-

\* Véanse las notas y piezas justificativas , número 23.

cesidad, porque nuestra artillería de sitio no podía pasar por otro punto; pero las fortalezas de Peñíscola y de Oropesa nos ofrecían dos padrastrós de alguna consideración. El primero, por fortuna, se encuentra situado á una cierta distancia del camino real, y no era imposible el apostar un cuerpo á su frente, observándole, y evitar así su influencia; pero el de Oropesa domina realmente el paso. Reconocimos, sin embargo, que podíamos llegar á alcanzar, cerca de Cabanes, otro camino, solo practicable para infantería, que partiendo de Alcañiz, atraviesa las montañas de Morella, y viene á unirse, por San Mateo, al camino de Tortosa, hácia el puente de Villareal. De este modo dejábamos á nuestra izquierda el fortín de Oropesa, cosa de bien poca consecuencia con respecto á la marcha de nuestra tropa, y en razón de la debilidad de la guarnición; pero sí de mucha, con respecto á la marcha de nuestra artillería y de nuestros convoyes: este era un inconveniente real y verdadero que no nos fue posible salvar ni evitar.

IV. Conforme á las órdenes del emperador, el ejército de Aragon se puso en movimiento el 15 de setiembre, y entró en el reino de Valencia. El general Harispe partió al mismo tiempo de Teruel, á la cabeza de la tercera división; mas en vez de dirigirse por Segorbe, tomó

un camino ó sendero hartó difícil, por las sierras de Ruvielos, á fin de venir á reunirse con el ejército, no lejos de Villafamés. La división italiana Palombini, en pos de la cual marchaba la napolitana, á las órdenes del general Compere, penetró por Morella y San Mateo. El general en jefe se puso al frente, en Tortosa, de la columna principal, en la cual se encontraban reunidas la caballería, la artillería de campaña de todo el ejército, la división Habert, y la reserva ó brigada Robert, que hacia parte de la primera división.

El primer día llegamos á Benicarló. Destácase un batallón y veinte y cinco caballos, á fin de observar Peñíscola. El 19, al llegar á Torreblanca, con la cabeza del ejército, el mariscal hizo adelantar hácia Oropesa un batallón del 5º ligero y cincuenta dragones del 24. Allí se empeñó un combate, en el cual se distinguió por su extraordinario valor el teniente de carabineros Dufillon, que resultó gravemente herido. El jóven Mondragon, á la cabeza de su destacamento, cargó y arrolló dos escuadrones enemigos, é hizo algunos prisioneros. La guarnición reentró en el fuerte, ocupamos el lugar de Oropesa, y reconocimos la posición. La artillería del fuerte dominaba y batía completamente el camino, en términos de imposibilitar el paso á un convoy cualquiera. El mariscal continuó su marcha por Cabanes, y se puso en

comunicacion con la columna que bajaba por Morella. El 20, y antes de llegar à Castellon de la Plana, se reunió también con nosotros la columna del general Harispe, cerca del lugar de Villafamés. Reunido así el ejército, marchó al encuentro de Blake, que segun los partes é informes venia acercándose con sus fuerzas à Murviedro, y tenia ya su vanguardia en Almenara.

V. El ejército ocupó, el 21, Villareal, en donde se pasa por un puente el rio Mijares, que no es mas que un torrente casi seco que se vadea por dó quier. A la orilla izquierda de este, y á la entrada del puente, se ven sobre una altura las ruinas del castillo de Almansora, en que se habian principiado á levantar algunos atrincheramientos; pero esta posicion no habia inspirado á los Españoles una confianza tal, que los hubiese decidido á encerrarse en ella; se los veía sobre la orilla derecha en número de unos quinientos á seiscientos hombres. El 24 de dragones atravesó el puente á galope largo, los dispersó y los puso en huida. Esperábamos en los dos dias siguientes llegar á las manos con el enemigo. Pero el ejército llegó sin obstáculo á Almenara, y á la vista de Murviedro. El general Blake, despues de haber hecho un movimiento hácia adelante para completar la guarnicion, como los acopios de municiones y vi-

veres del fuerte de Sagunto, habia juzgado oportuno el volver á entrar en sus líneas, y esperar á que nuestras operaciones hubiesen comenzado, para venir á librarnos batalla.

VI. El 23, el general Habert que formaba la vanguardia del ejército, recibió la orden de apoderarse de la villa de Murviedro. Su division pasó el rio que corre por delante de sus murallas, y mientras que se dirigia y oblicuaba á la izquierda, para embestir el fuerte por el lado del est, seis compañías de preferencia y cien dragones penetraron en las calles de la poblacion, por dos puntos diferentes, desalojaron y obligaron á reentrar en el fuerte las tropas que habian salido de él, y á pesar del mas vivo fuego de artillería y de fusilería, se apoderaron de las casas, las aspillaron, cerraron las avenidas con parapetos y barreras y establecieron puestos y reservas, á fin de encerrar la guarnicion en su recinto y poder impedir sus salidas. Al mismo tiempo, la division Harispe, haciendo un rodeo por el lado opuesto, pasaba el rio sobre su derecha, y ceñia y estrechaba el fuerte casi á tiro de pistola con piquetes de volteadores, y torciendo y dejándose caer desde allí hácia el camino de Valencia, por la parte del sud del castillo, venia á darse la mano con la division Habert. La division italiana, á la derecha del